

LA BATALLA

Semanario de Ideas y Crítica

APARECE LOS VIERNES

Número sueldo. \$ 0.50
Suscripción mensual (sueldo) \$ 5.00

(PORTE PAGADO)

Año IV.—Núm. 193

Conservar y propagar una idea no basta; se requiere también ser consecuente con la idea misma.

Correspondencia de redacción, administración, giras y valores en general, a nombre de LA BATALLA, Ciudadela N.º 1901
Horas de oficina: de 14 a 16 y de 20 y 22.

MONTVIDEO, ENERO 28 DE 1921

¿CONGRESOS?

Nunca como en estos momentos estuvo más clara la situación de la clase trabajadora frente a los grandes problemas del momento.

En unánime la convicción de que es urgentemente necesaria una transformación total en todos los órdenes de la vida social, en tal forma, que no queden privilegios económicos y supremacías políticas.

De las mejoras económicas en pro de las cuales hasta ahora se ha venido luchando, no sabe hasta el cansancio de la inutilidad en un régimen de producción y consumo basado en la conveniencia de una minoría parasitaria.

La lucha política, de la cual desde hace años la clase trabajadora se viene alejando, hoy, en forma concluyente, no hay un solo obrero que conscientemente crea en su eficacia.

Por lo que respecta a las relaciones internacionales entre el proletariado, éstas están completamente en un tren de estrecha solidaridad, siendo unánime la aspiración de que, cuanto antes, todos los pueblos limiten a la gran Rusia, haciendo la salvadora revolución, inicio de la gran era de la igualdad económica y política.

Y siendo estas, ligeramente sintetizadas, las aspiraciones del proletariado del Uruguay, de América toda y del mundo en general, para qué, entonces, un congreso y más congresos para ver lo que se ha de hacer?

Se explica, por ejemplo, que determinados partidos políticos, que, sin llamándoseles impropriadamente "defensores de la clase trabajadora", que han marchado siempre a retaguardia, ahora, empujados por las apremiantes circunstancias, se reúnan en congresos para ver, en relación a sus intereses, en peligros qué actitud asumir. Pero, cabe, repetimos, que entidades gremiales, las cuales desde hace años vienen haciendo flamear en sus estándares esmalinados programas, de los cuales recién se inicia su implantación en Rusia, tengan necesidad de detenerse y preguntarse: ¿qué hemos de hacer?

Porque supongamos que si realizase un congreso obrero en esta época, no es con la ingenua intención de discutir los ya discutidos temas del *boycott*, del *sabotaje*, de la solidaridad, de las mejoras económicas, de la diseminación de horas de trabajo, de si la acción directa y revolucionaria es superior a la lucha política, etc. etc.

Tampoco nuestros gremios necesitan a última hora, como lo han hecho algunas entidades políticas, proclamar la adhesión a la revolución rusa, cosa que, desde el inicio de aquella, se ha hecho categóricamente en diversas formas.

Hablar y proclamar que hay que marchar hacia la completa comunidad de intereses e imponer a los parasitos el sagrado lema de que el que no trabaja no come, también está en la conciencia de cada agremiado.

¿Para qué, entonces, realizar congresos? ¿Para proclamar que hemos de ir cuanto antes hacia una inmediata revolución expropiadora? ¿Es lo que sabemos?

Lo que no sabemos — y eso no se aprenderá haciendo congresos — es cómo se hace una revolución, con qué medios contar, cuáles son los puntos vulnerables para atacar con más eficacia el presente engranaje económico y político burgués.

De estos lópicos, y de todo lo que se relaciona con ellos es necesario aprender, formar verdadera convicción, para cuando antes llevar a la práctica lo que ya es anhelo general.

Lo demás, la realización de congresos, es un excelente medio de perder el tiempo, de hacer declaraciones que nunca se cumplen, lugar propio para lucir mascarónicas dotes oratorias y, muchas veces, para crear nuevas divisiones, como comúnmente ha pasado en algunos países — como la Argentina — en donde más infortunadamente se ha cultivado el culto de los congresos.

que casualmente son idénticos en lo fundamental, cuando se abarcan la situación presente se trata.

Es doloroso constatar lo que está sucediendo. Especialmente en los gremios, muy pocos son los que continúan trabajando. Se rehuye todo puesto de lucha; no quiere hacerse nada. Y como decíamos, esto no puede continuar. Si la dispersión y el aislamiento pueden ser causa de estas defecciones, hay que dejar de estar dispersos y dejar de estar aislados. Y esas intrigas y esas insidias, que tanto alejan a buenos compañeros, ese convencimiento que se emplea, en vez de una crítica orientadora, debe ser extirpado y desoído por completo, para que nadie se quede receloso y atemorizado, rehusándose a actuar ante el mal ejemplo que suele darse asediando malévolamente a los que trabajan con insidias y ruindades como las que han solido usarse con motivo de la pasada huelga general.

Sin embargo, queremos creer que han de ser pocos los que se afectan por semejantes cosas, pues ello es también una lamentable debilidad, y ha de saberse que no puede concebirse la lucha sin esos tropiezos, que en este caso serían, por cierto, demasiado insignificantes.

transcribir, llegando, en un colmo de las cosas, a censurar a unos compañeros socialistas que concurrieron a una manifestación en el primer aniversario de la Revolución Rusa.

Más tarde las cosas cambian; la Revolución se define; el punto, se manifiesta amplia y entusiastamente en su favor; el proletariado lo proclama, y he ahí que, por tática política y errática, quien ocupó puestos rentados en un gremio y galera ir al Parlamento con votos obreros, se finge partidario de la Revolución, se convierte en apóstol dentro del partido socialista para que se adhiera a la 2.ª Internacional, y en este tren de cosas, predica que los gremios hagan lo mismo, queriendo falsear y desvirtuar los principios de la organización obrera, insinuando bajo fórmulas que admiten la acción política y haciendo aparecer en una aparente amistad con esos políticos oportunistas, transiéndose en todo sentido, que defendiendo la Revolución Rusa para poder conservar sus puestos parásitos. Tal es la realidad categorica de las cosas. Tal la razón más fundamental sobre para que nuestro gremialismo no haga el platónico de una adhesión que sólo se busca con el fin de un acercamiento con los políticos, que han de ser repudiados sin ambages, y que nuestros obreros, demostrando tanta suficiente conciencia, sabrán responder con el desprecio que se merecen todos los tentantes.

Y aunque estamos ocupando más espacio del que podíamos darle a

PERMANENTE

BOYCOTT a los diarios *La Tribuna Popular* y *El Día*, como también a los productos de la cervecería Montevideana.

este asunto, debe saber el tal señor, que dice que *«La Batalla»* rehúye su presencia cuando los promueve juditeles; que, aunque tal cosa significa mucho más que estar sirviendo el mandato de los jueces, como lo hacen los *legatarios* para hacerse una reclamación que imponen a los oídos y a los lenguajes, lo autorizamos para que haga el tal desafío, y así le agrada, y entonces podrá comprobar como se sostiene lo que se escribe ante los jueces, sin cumplidos y sin evasivas.

Por otra parte, como *«La Batalla»* no hace equilibrios aliento de la ley, y como su prédica seguirá siendo la misma, tenemos por desoído el atropello que varias veces fracasó y que fatalmente tendrá que cumplir. De ahí que no nos hieren y nos lesionan sin cuidado esas insinuaciones que pudieran afectar a una susceptibilidad maliciosa que seamos muy lejos de tener.

Y ahora dejamos a juicio del lector para que juzgue si semejantes calumnias y diatribas pueden tener otro móvil que el de defender el puesto rentado de que disfruta el tal secretario.

Cuidando el puesto

Es, a veces, la gran tarea, para el obrero, el actor obrero, pues que con en su mayoría obreros los que leen esta hoja; pero, si es un proletario socialista, el que lee, mayormente lo recomendamos atención para apreciar la realidad, la verdad genuina, sin ornamentos y sin encono alguno. Y bien: desde el diario socialista, el único secretario rentado de nuestro gremialismo, asociado por nuestra crítica y como viendo en peligro su puesto de tal, sin defensas lógicas que arguir, recurre a la calumnia, que, después de ser calumnia, es ingenua, porque sólo puede servir en este caso para poner de relieve su malevolencia y su falta de culpabilidad moral.

A ninguna persona, no ya sólo honesta, sino que, se le podría ocurrir calumniar sin necesidad alguna, como para decir que este periódico es adversario de la Revolución Rusa. No vamos a preocuparnos de desvirtuar semejante infamia, pues no lo precisamos.

Una ocasión más vamos a repetir que en los primeros momentos, cuando fue *«LA BATALLA»* la única publicación que en América se puso frente a todos los difamaciones, desvirtuaciones en sus compromisos ideológicos en pro de la Revolución Rusa, orfismo, como creemos hoy, que había llegado al momento de desahogar de hecho la unión de todos los revolucionarios. Como entonces el actual secretario rentado no lo era, ni sostenía su candidatura al Parlamento, y lo creemos un elemento coherente e íntegro del proletariado, nos apresuramos a invitarte a un acto público, para la dar en conjunto una acción, que entonces era más digna que nunca en pro de la Rusia libre. Se realizó ese acto en el Centro Internacional, habiendo producido un debate sin mayor importancia. Después, ¡Nada! Ni uniéndose a nuestra campaña, ni insinuando ninguna, sino que *«El Socialista»*, periódico cuya redacción integraba, después a la Revolución Rusa con artículos que hemos de

El mundo todo es máscara: todo el año es Carnaval

(Tras de un artículo de Figueroa)

Aproximándose Carnaval, y abundando por desgracia el número de personas que se apresuran a contribuir a tal denigrante farsa, transcribimos este artículo del insigni Larru, para que el público reflexione al respecto y distinga a tiempo de esos festejos, que, en realidad, son una comprobación de la pobreza mental de los que a ellos concurren.

Los farsifolios saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongados, sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados atareados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupefactas apariciones. Rato es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto*. No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco a poco, una luz fosfórica fue abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas y una redoma mágica se me fue acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteorito. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello desatado, y todo volvió a quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fría como el már-

mol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de un fantasma bullicioso que ligeramente se movía a mi lado, y una voz semejante a un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos:

—Abre los ojos, Bachiller; si te inspire confianza, sígame.

El aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero el fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*.

—Te conozco — me dijo; no temas: vienes a observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! Ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera Carnaval, sin esperar el segundo mes del año.

Arrebatóme entonces insensiblemente y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de alta especie. Ello fue que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos de la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando, con vista penetrante su temerosa presa, fue obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados, como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

—Mira — me dijo mi extraño cicerone — ¿Qué ves en esa casa?

—Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una suare; pantorrillas postizas, por-

Vida anarquista

El mal está en nosotros. Tenemos el costumbre de lamentarnos considerando pocos siempre los resultados de nuestros esfuerzos. (Acaso muchas veces no serán esos esfuerzos premiados con exceso? Si observamos bien, la hegemonía que conservamos en el campo obrero se debe a la superioridad de nuestras ideas, pero no ha de ser, por cierto, a la superioridad de nuestra actividad, pues ésta es deficiente en demasía. Y quizá sea lo mismo en la mayoría de las cosas, pues entre nosotros, si los conceptos anarquistas avanzan y progresan en una proporción bien considerable, ello es causa del virtualismo de las ideas en sí, pues la propaganda que se realiza es exageradamente limitada y reducida comparada al momento que vivimos. Asistimos a un período de crisis en nuestras actividades, cosa injustificable desde todo punto de vista y que no debe ni puede prolongarse por más tiempo.

Estamos comprometidos todo con nuestra pereza. Nos

venimos contagiando mutuamente el desdeseo y la haraginería, y de esta manera fatalmente tendrá que llegar el momento en que quede libre el campo a políticos y especuladores de toda índole.

¿Qué hace ahora esa muchachada anarquista que recién ayer, cuando vió un peligro en los amagos de intromisión que hacían los políticos, surgió a la lidia, dejando el campo libre de malezas?

Nuestra obra no queda hecha en unos días, compañeros. Reclama continuidad e insistencia obstinada. Nuestra obra no es de un día; es de todos los días, de siempre. Pero sería bueno saber si hay alguna causa que realmente obligue a esta inactividad. ¿Y no podría ser siquiera parte de ello el distanciamiento, la falta de contacto en ambiente sano que observan los compañeros? Porque no se podrá pensar que algunas charlas envidiosas de café y algunos corrillos dispersos habrían de darnos la temperatura espiritual debida y una coherencia interna que diera fuerza precisa a nuestra acción, unificando voluntades y uniendo pensamientos

DE FLORENCIO SANCHEZ

Cartas de un flojo

II
No creo en ustedes

Mi querido amigo:

Tienes razón. Pero es únicamente ante las majestades de la patria y del coraje que son ustedes solidarios y se respetan. En lo demás... observa el espectáculo: Cuestas, gobernando con blancos y colorados; blancos contra Cuestas, colorados contra los blancos y contra Cuestas, blancos con los colorados y contra los blancos, colorados contra los colorados, Cuestas contra los blancos, contra los colorados y... con Cuestas; colorados herreristas, tajistas, simonistas y blancos de Saravia, de Aguirre, de Terra y de Acevedo; constitucionalistas sueltos, constitucionalistas con o contra Cuestas, los blancos y los colorados; todos hablando, hablando a la vez o gritando o vociferando; aquí y allá, ojos que centellean, puños en alto, garrotes que amagan, boleadoras que zumban; los rencores explotando a la vez en todas partes, todos los hígados en plena y perpetua erupción... y, de cuando en cuando, por sobre la babelica algarabía, los planidos del Dr. Aramburu, nuevo Mario, que se pasa la vida regando con sus lágrimas las ruinas de la fraternidad uruguay.

De una manera más sintética, aunque un tanto campechana, le definta hace algunos años a Carlos María Ramírez, el espíritu burgués más sano y más equilibrado que haya producido la cepa oriental, la situación de los partidos políticos de esa tierra. Los blancos—le decía—son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionalistas cuatro gatos en una bolsa. Y él aprobaba con su sonrisa melancólica.

Es que aquello era realidad pura. Y lo es.

Nacidos de chulo y de charra, nos queda de la india madre un resto de sus rebeldías indómitas, su bravura, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó, la acción al fandango, los desplantes atrevidos, las dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadrera y el salvaje por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en llamar nuestra megalomaniaca raza de los Treinta y Tres.

De la tal herencia fisiológica conservamos muy acentuados los rasgos del chulo padre. Nos parecemos más a papá. Nos parecemos a la politiquería es importación pura de la tradicional Puerta del Sol. Más: Montevideo, toda la república, es una reproducción ampliada de aquel conversadero madrileño que nos describen los costumbristas españoles. Entre comer, beber, conversar de política y darnos de navajazos, repartimos el tiempo.

¡Tienes noticias de parte alguna donde la política, piedra mordiente que desgasta las energías morales y físicas de los hombres; tenga más subordinación?

Casualidad es que no nacamos los orientales arruñados por el estruendo de un motín; en seguida, a la vez que a decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca o colorada y a romcernos las crinias a

pedradas por el caudillo de uno u otro color; desde los escaños universitarios, tamizamos por nuestro criterio partidista a Voltaire y a Kant y a Rousseau y a Hegel, y cuando abandonamos las Facultades con nuestro título debajo del brazo, nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado, a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista, el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores.

Y los de una colectividad política, si hemos resultado poetas, a cantar a los héroes de la causa; si periodistas, a batallar por ella; si abogados, a fabricar leyes; si médicos, a organizar servicios sanitarios; si financieros, a manejar el tesoro; si ingenieros, a medir campos de batalla, y mientras no hagamos poemas, ni leyes, ni ambulancias, ni operaciones de crédito, ni determinaciones geométricas, tenemos que pensar en que debemos ir pensando en esas cosas, y las proyectamos, nos las narramos, las discutimos y refirmos, todo esto al mismo tiempo que discutimos y nos damos de mogicones con los de la fracción contraria que se ocupan a su vez de resolver idénticas cuestiones, y como el tiempo que se ha de perder siempre sobra, aún nos queda un rato disponible para relacionar nuestras cuestiones políticas con el planeta Marte y la Via Láctea y entregarnos, con singular ardor a debatir las leyes de su existencia sideral. Verbigarrada: el bardo Roxío a guitarrazo limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi, y todo el país conculionado asistiendo al lírico pugilato, absorbido por él.

Y el asunto Garibaldi no es más que un cuarto intermedio, un paréntesis al habitual debate. El descanso del Cid.

¡Última de tiempo derrochado en el culto de lo nimio, de energías absorbidas por lo secundario!

Te declaro con toda franqueza que quisiera ser más optimista acerca de la suerte de ese país; pero no puedo, no puedo ver de color de rosa lo que se está poniendo de un gris muy obscuro. Creo que tengan ustedes las bellas condiciones de que me hablas, pero nada positivo espero de ellas, desde que veo a esa intelectualidad joven quemándose las cejas sobre amarillos mamotreto, empeñada en desentrañar enseñanzas de las epopeyas de nuestra raquítica existencia americana, en vez de ocuparse de los hermosos problemas científicos que agitan las mentalidades contemporáneas, agrupada en pos de las tibias rescacas del primer gauchito clásico que se le ocurre héroe, enarboladas a guisa de ideal, o de las pitufas vivas de cualquier pseudo caudillo, tropero de pasiones, en lugar de estar con los que desde ahora trazan rumbos sobre el porvenir, desperdiciando en una subordinación lamentable de lo que vale a la insignificancia, toda su exuberante vitalidad.

No creo en ustedes, patriotas, guapos y politiqueros.

Tuyo.—Florencio Sánchez.

¡A actuar, compañeros!

¿No se ha enterado, compañero, de lo que acontece en

la Argentina?... Creemos que a y que también hemos de venir en la trascendencia de lo que acontece, así como en la posibilidad bien lógica de que esas formales insurrecciones, no sólo se intensifiquen grandemente, sino que trasciendan, lleguen a alcanzarnos a nosotros en el sentido de anticipada represiones y cruzadas mayores de parte de los señores gobernantes.

Sería conveniente, quizás prescindible, que despertáramos de esta especie de alérgico miego, que parece nos está invadiendo y apreciáramos las cosas en el significado real que tienen y que resultará, por cierto, sumamente opuesto a ese criterio—de un fondo escéptico indiscutible—con que solemos apreciar los acontecimientos más importantes, tal como lo consideró en sus inicios la Revolución Rusa.

De la Argentina

Por la libertad de los presos

La «Federación Obrera Los Bonarense», adherida a la O. R. A. Comunista, publicó vibrante manifiesto, dirigido al proletariado revolucionario general, en el cual aconseja formar un frente único proletario para imponer a la burocracia y al Estado la libertad de todos los presos por razones sociales. He aquí la tesis del mencionado manifiesto.

«Pregón socialista.—Es necesario que la ignominia carcelaria de la burguesía y Estado mantenga por sobre la pasividad del pueblo, desaparezca.

Es necesario que los olores y anarquistas presos recobren su posición de batalla en la vida social; que la voz de la prensa libertaria tenga asegurada su libre difusión en el país, por imposición de organismos sindicales; que una razón de Estado no mantenga sólo en las bayonetas la cobardía y críminosa lapada guerra civil que bordas blancas enseñan en campos argentinos contra hombres de trabajos, sea mueramente reprimida por la acción conjunta y directa del proletariado comunista.

Las cárceles del interior están atestadas de trabajadores comunistas; en Santa Fe se baten en la Provincia de Buenos Aires se aplican inquisitoriales mentes; en el Norte, se baten bajo la amenaza tenaz del non y del muser; en la Capital Federal, bajo la delación y la traición, la cobardía...

Es necesario abatir todos los enemigos pequeños.

Es necesario tener sólo gran enemigo: el Estado.

Fortalecer un sólo frente proletariado comunista.

Con una sola arma: la revolución.

La agitación por los presos, la lucha por los presos, la liberación de los presos, debe ser el detalle más gremial.

Los presos se han dado a gran causa; los proletarios comunistas libertarios han de

Afirmar, luchando por Afirmar, agitando al pueblo Afirmar en la diaria de clase, en la batalla agitando la potencia revolucionaria de la V. O. R. A. comunista. ¡Solidaridad a los presos! ¡Solidaridad en la

Telón lento

La comedia ha terminado farrabuteje ha cumplido que la carcomida sociedad gruesa les tiene encomendado la función de la farra, de

que va de calzon; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquistas todavia...

—¿Y allí?
—Una mujer de 50 años.
—Observa; se tñe los blancos cabellos.
—¿Qué es aquello?
—Una caja de dientes; a la izquierda, una pastilla de olor; a la derecha, una polsón.
—¿Cómo se cñe el corseil va a exhalir el último aliento.
—Repara su gesticulación de coqueta.

—¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!

—Más de uno ha desumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto ese estado para aborrrarte algunas locuras.

—¿Quién es aquel de más allá?

—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tu arrojard la carreta en llegando a tu casa.

—¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: «venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis».

—¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?... Observa más abajo: un moribundo; ¡oyes cómo se arrepiente de sus pecados!

Si vuelve a la vida tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra: o la tomas, o te pego.

Aquí tienes la salud, parece decirle; yo sano los males, yo los conozco; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree el mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¡oyes el chasquido del látigo!

—Sí.

—Pues oye también el último ¡ay! del moribundo, que va a la eternidad, mientras el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio... Ven a ese otro barrio.

—¿Qué es eso?

—Un duelo. ¡Ves esas caras tan compungidas?

—Sí.

Míralas con ese antejojo.

—¡Cielos! La alegría reñosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

—Mira una boda; ¡con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad!

—¿Quién es aquel?

—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cueja en los ojales!

¡Qué vano se presenta! Yo sé ganar batallas, parece que va diciendo.

—¿Y no es cierto? Ha ganado la de...

—Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.

—Pero...

—No es lo mismo.

—¿Y la otra de...?

—La casualidad. Se está viendo de gran uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

—¿Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que te ama, la esposa que dice que te adora, ¿no te están embromando toda la vida?

A qué, pues, esa prisa de bus-

Al llegar aquí estábamos ya en baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas.

—¡Asmodeo!—grité.

Profunda obscuridad; silencio de nuevo en torno mío.

—Asmodeo—quise gritar de nuevo:—despiértame empero el esfuerzo. Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y a una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aún sueñan en mis oídos:

—El mundo todo es máscara; todo el año es Carnaval.

Mariano José de Larra.

La burda patraña de que Kropotkin se moría de hambre, ha sido desmenuzada.

La prensa burguesa, que, como todos sabemos, desde el principio de la revolución rusa vino propagando las más infamantes noticias para desacreditar a dicha magna revolución, divulgó, no hace mucho, que al compañero Kropotkin se le estaba «matando de hambre».

Tal ingenua noticia burguesa fué tomada en serio por otros no menos ingenuos anarquistas de Francia, los cuales, según supimos, iniciaron una suscripción para socorrer al viejo revolucionario.

Pues bien—dice el periódico «La Vie Ouvrière», de París—es hora de romper con el golpe de efecto de ese «canardo». Armando Borghi, secretario de la «Unión Sindical Italiana», que ha estado recientemente en Rusia, ha encontrado a Kropotkin en perfecto estado de salud.

Kropotkin declaró a Borghi que nada tiene que lamentar y que vive tan bien como se puede vivir en Rusia, habitando en el campo, en las inmediaciones de Moscú, y cultivando la tierra en compañía de su mujer y de su hija Sacha.

¡Pero es posible, nos preguntamos nosotros, que aún existan ingenuos que creen todo lo que diariamente les condicionan los diarios burgueses?

¡No les sirvieron de escarmiento las infinitas falsas noticias, entre ellas las múltiples veces que «mataron» a Máximo Gorki y al mismo Kropotkin? ¡Parece mentira!

El pez, por la boca muere

«Lo Luchar despiadadamente contra la colaboración de la clase obrera con la burguesía, colaboración que devora el movimiento sindical mundial, y contra la esperanza de un tránsito pacífico del capitalismo al socialismo.»

Cualquiera de los lectores pondrá, al terminar de leer estas líneas, que habrán sido transcritas de algún diario o periódico revolucionario. Pues no, señores; se equivocan; esto ha sido transcripto del diario llamado marxista, comunista y tercer internacionalista, y es el 2.º artículo de los estatutos de los «Sindicatos Rojos» de Moscú, y que el diario citado lo publica para demostrar su inconsecuencia con el referido artículo.

¡En qué quedamos, señores socialistas de la III Internacional!

Si la colaboración de clases devora el movimiento sindical y el advenimiento del comunismo ¿por qué Vds. hacen colaboración de clase, aceptando la política y ocupando bancas parlamentarias, ayudando con eso, entre otras cosas peores, a consumir el elevado presupuesto que pesa sobre el país?

¡Bien dicen que el pez por la boca muere!

se halló reunida. Entre ellos había una veintena de mujeres.

—Compañeros, —murmuró Berthaut en voz baja, pero insinuante;—antes de ponernos en marcha, asegúrenos de que cada uno sabe lo que ha de hacer. Veamos: Landry, ¿estás seguro de tu sargento?

—Sí, —respondió el interrogado;— él es el que manda la guardia situada a la entrada del campamento y cuenta con dos de sus soldados. Como le tocaba de guardia esta noche, se ha arreglado para llevarlos consigo, y los pondrá de centinela en los pabellones de armas, lo que nos permitirá apoderarnos de ellas sin dificultad.

—Bien; tendremos los fusiles, pero ¿y las municiones? De éstas hay que apoderarse antes de que nuestra invasión sea conocida.

—Con algunos compañeros, disimuladamente, hemos inspeccionado el alojamiento de los marineros, —dijo Forgeot;— nada más fácil que deslizarlos allí una docena por diferentes sitios y echar mano a las cartucheras más próximas. Ya sabemos dónde las tienen.

—Perfectamente. Sólo falta ir allá y dar la señal al sargento de Landry. ¿Dónde has de encontrarle? —dijo Berthaut dirigiéndose a éste.

—Cerca del grupo de árboles que hay adelante del campamento.

—¿Cuántos soldados montan la guardia?

—Una veintena.

—¿Serás suficientes treinta?

—Sí.

—Pues adelante. Ya sabéis lo que nos espera si somos sorprendidos en vez de sorprender a los otros. El comandante hará fusilar cierto número de nosotros para escarmiento, y apretará los tornillos a los demás. Por consiguiente, es cuestión de triunfar a toda costa. Al que resista, peor para él; pero si podemos apoderarnos de las armas sin violencia y sin víctimas, será lo mejor.

Un murmullo apagado de aprobación recorrió el grupo.

—¡Adelante! Descendamos en pequeños grupos, ocultándonos todo lo posible, y que cada uno se dirija rápidamente al sitio que se le haya designado para estar dispuesto a obrar cuando vea elevarse el cohete que Lemaire encenderá oportunamente. Hay que observar que no hay más que un cohete, que tomé cuando desocupábamos el barco, sin saber para qué serviría, y como ha de preverse todo, si falla, Lemaire encenderá un gran fuego que será visible en todas partes. En todo caso, siempre se producirá algún ruido que servirá de aviso a los que no vieran la señal, y cuando esto ocurra, los que se hallen en ese caso, vayan adelante.

¡Ahora, en marcha!

Y desfilándose entre las matas amortiguando sus pisadas, los deportados se dirigieron por varios senderos al campamento, donde todo parecía dormir.

Al fin, a las dos de la madrugada, un cohete se elevó lentamente desde la meseta ocupada por los deportados. A esta señal salieron todos de sus escondrijos, se precipitaron sobre los pabellones, se apoderaron de los fusiles y se replegaron hacia atrás, para agruparse.

Al mismo tiempo, Forgeot y sus amigos se apoderaron de cuantas cartucheras hallaron a mano, y corrieron a unirse a sus compañeros.

Pero el movimiento no se operó con tanta rapidez que no suscitara alarma. En efecto, un centinela, viendo movimientos sospechosos, disparó su fusil.

Rápidamente se levantó un gran rumor: los hombres, sorprendidos en su sueño, chocaban unos con otros en la

sombra, se preguntaban, iban y veían atolondrados, sin explicarse lo que ocurría.

Aparecieron algunas luces, y pronto las voces de los oficiales dominaron el tumulto.

—¿Qué ocurre? —preguntaban.

—¿Nos han robado los fusiles? —exclamaron algunas voces.

—¿Y nuestros cinturones? —agregaron otras.

En aquel momento, el grupo de los oficiales estaba plenamente iluminado por los que llevaban antorchas.

Se les veía agitarse, sacudiendo a los hombres que les venían a mano, mientras que los deportados permanecían en la obscuridad.

—¿Cómo! ¿Os han quitado las armas? —exclamó el comandante. —¿Cómo ha sido eso? ¿No se han tomado las medidas de vigilancia que había ordenado?

—Sí, mi comandante, —respondió un oficial. —Yo mismo dispuse la guardia.

—Mañana lo veremos, —dijo el comandante, cuya voz temblaba de cólera. —Ahora urge recuperar las armas perdidas. Los deportados han dado el golpe. ¡A ellos!

—Es inútil, mi comandante, —dijo la voz burlesca de Berthaut, quien apareció en el círculo de luz que proyectaban las antorchas alrededor del comandante; —y le prevengo que si usted y sus hombres dan un paso, una descarga de vuestros fusiles os hará caer a tierra.

—¡Apodérense de ese hombre! —gritó con rabia el comandante.

Nadie se movió. Un grupo de deportados rodeaba a Berthaut con los fusiles preparados. Detrás, en la penumbra del alba, se veía la masa de los deportados destacarse lentamente de la obscuridad en que se hallaba envuelta, poniendo en batería el único cañón que había sido desembarcado y que tenían en su poder.

El comandante sacó su revólver y elevó el brazo en dirección de Berthaut.

—Tíre usted ese revólver, —dijo éste, —o mis compañeros disparan.

Los deportados que le rodeaban apuntaban al grupo de oficiales.

El comandante vaciló; bajó y levantó su arma varias veces; pero miró en rededor, y viendo sus hombres sin armas, excepto la docena de vigilantes armados solamente con revólvers, arrojó furioso su arma y se cruzó de brazos.

—Está bien, —dijo Berthaut, —que los oficiales y los vigilantes hagan lo mismo.

Todas las armas fueron arrojadas. Dos deportados se acercaron a recogerlas.

Berthaut dijo entonces con cierta ironía:

—Señor comandante, usted decidió ayer de nuestra suerte sin consultarnos, lo que debió parecerle natural, dadas sus ideas y sus funciones.

Cuando estábamos a bordo sufríamos la ley del más fuerte; la rebeldía era imposible.

Cuando, en la furia de la tempestad, necesitó usted de nosotros y nos dio alguna libertad, como se trataba de la salvación común, trabajamos cuanto pudimos.

Pero hoy, que la desorganización de la fuerza y de la disciplina que usted representa nos ofrece la posibilidad de recobrar nuestra libertad, adquirimos nuestra cualidad de hombres libres.

Arrojados a una tierra donde no existe sociedad ni poder establecido, rechazamos la autoridad de usted y no acatamos sus reglamentos...

—Ya veo que es usted buen orador, —dijo irónicamente el comandante. —Pero le ruego que abrevie. ¿Qué intenciones son

las vuestras? Porque a pesar de vuestras amenazas, os prevengo que no aceptaremos vuestras órdenes lo mismo que vosotros no queréis aceptar las nuestras. Aunque desarmados, podemos resistir. Ha sido necesario que obrásemos por sorpresa...

—Contaba usted con que le pediríamos cortésmente que nos entregara las armas? —interrumpió Berthaut con ironía apropiada a las circunstancias.

Por lo demás, tranquilícese usted, no le obligaremos a obedecernos; salvo el caso en que quiera oponérsenos. No en vano hemos luchado por ideas de libertad e independencia. Si no queremos obedecer, no es para erigirnos en amos en lugar de los amos derribados.

No contentamos con desarmaros. Los que quieran vivir con nosotros como compañeros, como iguales, felices por aportar su parte de esfuerzos a la obra común, satisfechos de tener una parte igual o equivalente en libertad y en subsistencias, podrán unirse a nosotros.

En cuanto a los que crean que una sociedad necesita amos y esclavos, los que piensen no poder ser dichosos si no tienen una autoridad tutelar que le ponga trabas en su evolución, o se crean con derecho a poner trabas a la de los demás, esos pueden formar su sociedad permaneciendo con usted, no les contrariaremos. La isla es bastante grande para contener dos grupos de aspiraciones diferentes.

Los viveres y los instrumentos serán repartidos a prorrata de los participantes. Únicamente nos reservamos los fusiles y los cañones. Cada uno participará, en la medida de su fuerza, en el desembarco de lo que queda en el buque, y la distribución se hará en seguida equitativamente...

—En todo esto, —dijo el comandante, —había usted prescindiendo de *La Aretusa*, como si se tratara de establecerse sobre esta isla, ignorando si será posible sacar a flote el buque. Supongo que no tendréis la intención de retenernos aquí contra nuestra voluntad, si fuera posible utilizarlo.

—Eso lo veremos después, —replicó Berthaut. —No tenemos más que decirlo. Ya viene el día; nos retiramos a nuestro campo y procederemos a la visita del buque. Podéis desde luego buscar un terreno a propósito para vuestra colonia, porque supongo que seréis de nuestra opinión respecto a la conveniencia de que los dos campos estén distantes entre sí...

Mientras se desarrollaba esta escena, marineros y soldados habían escuchado sin comprender, en su mayoría, más que los paños que se habían cambiado y que por lo pronto los deportados eran los más fuertes.

Sin embargo, algunos, que en el desorden no habían hecho la menor tentativa para recobrar sus armas, se desprendieron de su grupo y se dirigieron hacia los deportados, que se disponían a volver a su campo.

—¡Eh, compañeros! No os vayáis sin los amigos, —dijo uno de ellos.

El comandante, viéndoles abandonar las filas, dió un paso hacia ellos.

—La deserción ante el enemigo se castiga con la muerte, —gritó rechinando los dientes de rabia.

—Si puedes atrápanlos, —dijo uno de los desertores haciendo le dos palmas de narices.

—Sin contar, —añadió otro, —que te venía sufriendo hacia mucho tiempo y no esperaba más que una ocasión para abandonarte.

—No te hubieras llevado mal chasco, —dijo un tercero, —si

creías que hubiéramos tirado contra compañeros para ayudarte a hacer el terrible Fierabrás.

Y los desertores fueron a perderse en los grupos de los deportados, que les recibieron amistosamente.

El comandante, con los brazos cruzados y pálido de rabia, los miró alejarse. Después, volviéndose hacia su tropa, dijo:

—Soldados y marineros, habéis permanecido fieles a vuestro deber; ya arreglaremos cuentas, y la Patria recompensará a los fieles a la bandera y castigará a los malos soldados. Ya que nos hemos dejado sorprender y que hemos de sufrir lo que no podemos impedir, no pactaremos con los rebeldes. Dejémosles con su rebeldía, y vamos a buscar un sitio donde establecernos.

Y bajo los rayos del sol, que en aquel momento se mostraba en el horizonte, se alejó con su tropa, cabizbajo y corrido, bajo la mirada burlesca de los deportados, que le veían alejarse, sin haber arriado para llevarla la bandera tricolor que ondeaba al viento indiferente a los sucesos que a su presencia habían tenido lugar.

De repente, uno de los soldados que se había unido a los deportados, corrió hacia el mástil.

—¡Compañeros! —dijo;— ayer, el comandante, haciendo izar esa bandera que en tan lastimoso abandono deja hoy, declaró tomar posesión de esta isla en nombre del pueblo francés, y le dió el nombre de Aretusa. Pues yo, Hugo Sauriac, en nombre de los hombres libres aquí presentes, declaro esta isla libre de toda servidumbre, accesible a todos los humanos, sin distinción de nacionalidad y propongo se le denomine Tierra Libre.

No izaremos bandera, porque no necesitamos ese símbolo; pero propongo un triple aplauso por Tierra Libre.

Y los deportados, riendo a carcajadas, aplaudieron gritando:

—¡Hurra por Sauriac! ¡Hurra por Tierra Libre!

(Continuando).

Vida Obrera

F. O. R. U.

Comité de propaganda gremial. —Se comunicó a los sindicatos que el Consejo ha constituido un comité de propaganda gremial para que sus componentes hagan uso de la palabra en los asambleas.

Los sindicatos deben solicitar al orador con anticipación de dos o más días.

Planilla sindical. —Se recomienda a las comisiones administrativas solicitar las planillas, que, sobre movimiento sindical, ha elaborado la Federación. Estas planillas deben ser llenadas todos los meses y remitirse al Consejo para que a su vez publique en *«Solidaridad»* el movimiento general. —El Consejo Federal.

De la Sociedad Obrera Albalillo y Anexas. —¿Con Bakounine o con Marx?

Respecto a un artículo que, titulado «Con Marx o con Bakounine» y firmado por «Uno», apareció en la sección «Movimiento gremial» de *«Justicia»*, esta Sociedad que no es a «Un trabajador» a quien debió contestarse, sino a la nota enviada por la comisión de este gremio y firmada por el promotor.

En esa nota, que enviamos el 11 del corriente suero y que *«Justicia»* no publicó, decíamos que la Sociedad de Obreros Albalillo no ha recibido ninguna nota de parte de la F. O. R. U. (que envió la F. O. M.), en la que proponía que la organización central de los trabajadores hiciera una declaración comunista. Además, le preguntamos

a «Uno» qué ideas de comunismo era ese, porque Carlos Marx tuvo un período colectivista y otro anarquista y Miguel Bakounine propagaba el comunismo libertario.

Después está desatado que «Uno» ha dado una contestación categorica; pero, como decimos más arriba, se debía dirigir a esta entidad gremial.

Hacemos constar también que la Sociedad de Residentes Obreros Albalillo y Anexas, en asamblea realizada el 15 de diciembre último en la Casa del Pueblo, al discutir el art. 5.º de la orden del día del Congreso a realizarse en el Bata, artículo que decía así: (Que orientación debe darse a las sociedades gremiales: socialista, sindicalista o anarquista). Aprobó el movimiento que aceptaba el comunismo libertario, habiendo sido presentada, además, una por el comunismo y otra por el anarquismo.

Además, queremos dejar constancia de que esta sociedad gremial (adherida a la F. O. R. U.) les ha ganado de mano, y como dice «Uno», no consideramos a la vanguardia del proletariado organizado, y lo prueba el propio hecho de que aceptamos el comunismo utópico de Miguel Bakounine, que es hacia el que deberíamos comenzar todas las organizaciones obreras.

Terminando: ¿Por qué no publicó *«Justicia»* esta nota y porque «Uno» no contestó a la Sociedad de Residentes Obreros Albalillo y Anexas? Por la Sociedad Juan Sebastián, prosecretario.

Centro Obrero familiar internacional.

Esta agrupación, de reciente formación, ha iniciado una campaña en contra de los salvajes tratamientos que se han inferido a los soldados del Hospital Villedel.

Además de los actos realizados, se verificó un mitin el día 29 en las calles Domingo Aramburú y Gral. Flores, a las 8 de la noche.

Este centro está haciendo gestiones para que los organismos obreros en general acuerden tan humanitaria campaña.

Advertencia.

Tenemos en nuestro poder un trabajo titulado «La actividad del campesino en el Uruguay» y que viene así firmado: «Por el Consejo Federal: El Secretario» Bien; ¿qué corporación pertenece? Lo ignoramos, pero en el curso del artículo no se menciona a federación alguna; ni menciona las curules ni sólo correspondiente. Por lo cual advertimos a los interesados que deben autorizar más seriamente la publicación solicitada y que nosotros, entretanto, postergamos.

Balanza de «La Batalla»

Números 191, 192 y 193

ENTRADAS

Recechos cobrados	\$ 61.45
Donaciones: M. N. \$ 0.50;	
A. Morillo, \$ 1.00; J. Bado,	
\$ 1.00; A. Vial, \$ 2.50;	
Eggers 1.00; Del pío mto,	
10 y 30	6.80
Venta de La Teja, \$ 0.75;	
de Administración, \$ 6.80	6.98
Total de entradas	\$ 75.93

SALIDAS

Déficit del número anterior	\$ 419.79
Impresión de los Nos 191,	
192 y 193	180.00
Gastos varios	0.61
Alquiler de Diciembre	15.00
Total	\$ 615.39

RESUMEN

Entradas	\$ 75.93
Salidas	\$ 615.39
Déficit	\$ 547.10

Nota.—Se advierte a los compañeros que las entregas por las cuales extendimos recibos no figuran en «Donaciones», sino en «Recechos cobrados». Por consiguiente, no deben extrañarse si, en esos casos, entre las primeras no figuran sus nombres.

Contra los eterroristas de levita y de blusa han de ir los trabajadores conscientes, si quieren emanciparse económica y políticamente.